



Comentario bibliográfico

Griffin, Roger: *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid, Akal, 2010.

Fabricio Laino

Universidad de Buenos Aires

fabricio_laino@yahoo.com.ar

Durante las últimas dos décadas, muchas de las principales investigaciones académicas sobre el fascismo y el nazismo se han concentrado en el análisis de la ideología, la estética, las técnicas y, en general, la cultura de estas experiencias políticas, tanto en su fase de movimientos como luego de su acceso al poder. Dentro de este contexto de investigaciones en historia cultural podemos ubicar la obra de Roger Griffin *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*.

Roger Griffin es un historiador británico que se desempeña como Profesor de Historia Moderna en Oxford Brookes University. A lo largo de su carrera profesional se ha dedicado a estudiar los movimientos fascistas europeos y a tratar de ofrecer una definición del fascismo como fenómeno genérico. Esta indagación comenzó con la publicación, en 1991, del libro *The Nature of Fascism*,¹ donde desarrolló por primera vez varios de los conceptos que luego retomaría en *Modernismo y fascismo* para explicar el fascismo como movimiento y como régimen político. Después de pu-

1 Griffin, Roger: *The Nature of Fascism*, Londres, Pinter, 1991.

blicar distintos artículos sobre estudios de caso de movimientos fascistas en Gran Bretaña y Francia y de editar sucesivas antologías críticas que intentaban dar cuenta del “estado de la cuestión” y del “nuevo consenso” al que investigadores del fascismo de distintas latitudes habrían ido arribando,² Griffin publicó en el año 2007 el libro que aquí reseñamos. La intención primordial de esta obra es ofrecer una teoría general no sólo del fascismo, sino también del modernismo y del vínculo que liga a estos dos fenómenos históricos, en apariencia antagónicos para muchos historiadores, sociólogos y politólogos.

La tesis fundamental de *Modernismo y fascismo* es que el fascismo fue un movimiento político *modernista*, emparentado con diversas manifestaciones de modernismo estético, cultural y social. Con este planteo, Griffin intenta refutar a aquellos (como Jeffrey Herf) que sostienen que el fascismo es profundamente antimoderno, reaccionario y arcaizante, orientado hacia la restitución de un pasado perdido. Por el contrario, Griffin afirma que el fascismo fue modernista en la medida en que no rechazó el mundo moderno en una huida hacia el pasado, sino que intentó construir una modernidad alternativa y generar un “nuevo comienzo” depurando a la sociedad de su tiempo de los elementos “decadentes” que había traído consigo el proceso de modernización política, social e intelectual.

Con el objetivo de desarrollar y poner a prueba esta tesis, Griffin estructura su libro en una introducción, doce capítulos, un epílogo y un apéndice en el que desarrolla algunas consideraciones sobre los presupuestos metodológicos y epistemológicos con los que opera en su investigación. La edición española cuenta, además, con un elogioso prólogo de Stanley G. Payne, historiador estadounidense especializado en el fascismo español y en el régimen dictatorial de Francisco Franco, quien también realizara en su momento un importante esfuerzo de teorización sobre el fascismo.³

Luego de plantear en la introducción la hipótesis general del libro que ya hemos mencio-

2 Griffin, Roger: *International Fascism: Theories, Causes and the New Consensus*, Londres, Arnold, 1998; Griffin, Roger y Feldman, Mathew (eds.): *Fascism: Critical Concepts in Political Science*, Londres, Routledge, 2004; Griffin, R., Loh, W. y Umland, A. (eds.): *Fascism Past and Present, West and East. An International Debate on Concepts and Cases in the Comparative Study of the Extreme Right*, Stuttgart, Ibidem-Verlag, 2006.

3 Payne, Stanley G.: *Historia del fascismo*, Barcelona, Planeta, 1995; *Fascism: Comparison and Definition*, Madison, University of Wisconsin Press, 1980.

nado, Griffin divide los doce capítulos siguientes en dos partes bien diferenciadas, cada una con seis capítulos.

En la primera parte, el autor ensaya una definición de los principales conceptos que articulan su análisis: modernidad, modernización, modernismo y fascismo. Siguiendo los principios metodológicos de la sociología comprensiva de Max Weber, el autor reivindica, en el capítulo I (“Las paradojas del ‘modernismo fascista’”), la elaboración de “tipos ideales” a partir de los datos empíricos proporcionados por los trabajos monográficos de muchos investigadores. Griffin intentará mostrar que entre el “modernismo” y el “fascismo” (entendido como fenómeno genérico, que incluiría tanto al fascismo italiano como al nazismo alemán) existe una “afinidad electiva”, sin que eso implique una relación de causalidad lineal.

En los capítulos II, III y IV de la primera parte, Griffin emprende la elaboración de su tipo ideal de *modernismo*. En el Capítulo II (“Dos modalidades de modernismo”), el autor ofrece una primera aproximación conceptual al “modernismo”. En primer lugar, diferencia a este concepto de otros dos afines: “modernización” y “modernidad”. Griffin define a la modernización como un “conjunto de procesos de la sociedad occidental desencadenados por una serie de cambios ideológicos, políticos, culturales, sociológicos, institucionales y tecnológicos (...). Todos ellos se combinaron para provocar un cambio en el sistema de valores (...) y en la vida (...) de los seres humanos de Occidente en todos los segmentos de la escala social” (p. 72). La modernidad, por su parte, denotaría los efectos (tanto objetivos como subjetivos) producidos por las fuerzas modernizadoras. Entre los efectos característicos de la modernidad, Griffin menciona la progresiva secularización de la vida humana, la erosión de la cosmovisión y del sistema de valores tradicionales y la transformación radical de la vida material de las personas,

Estos efectos de la Modernidad habrían generado una sensación de angustia y de desorientación que no habrían podido ser compensadas por el mito ilustrado, liberal y capitalista del “progreso”. Por esto mismo, para fines del siglo XIX, muchos artistas e intelectuales críticos empezaron a ver la modernidad bajo el signo fuertemente negativo de la decadencia social y cultural.

Esta interpretación de la modernidad como época decadente habría conducido a la aparición del *modernismo*, un término genérico que abarcaría a un conjunto muy amplio de

“reacciones compensatorias, palingenésicas, frente a la anarquía y la decadencia cultural” (p. 85). Griffin emplea el concepto en un sentido “maximalista”, para abarcar dentro de él no sólo tendencias estéticas sino también movimientos culturales, sociales y políticos de orientaciones ideológicas muy diversas. La noción de “palingenesia” hace referencia a la expectativa que tienen estas reacciones de acabar con la disolución moral, espiritual y política de su tiempo a través de la búsqueda de una regeneración total de la sociedad. Esta renovación se daría en el tiempo humano, secularizado (y no en el tiempo celestial del “segundo advenimiento” del cristianismo). Por otra parte, conllevaría la creación (según el tipo de movimiento modernista del que se tratara) de un “nuevo hombre”, de una “nueva comunidad nacional”, de un “nuevo orden social” y, como veremos, incluso de un “nuevo orden cósmico”. Estas dos características (la concepción temporalizada de la historia y las aspiraciones palingenésicas) llevan a Griffin a tratar los discursos y las acciones de estos movimientos modernistas no como anti-modernos sino como proponentes de una modernidad alternativa, ya que sus ideas e iniciativas se orientan hacia la creación de un “nuevo comienzo” (*Aufbruch*) en el futuro, y no hacia la re-actualización de un orden social pretérito.

En los capítulos III (“Una arqueología del modernismo”) y IV (“Una definición primordialista del modernismo”), Griffin se apoya en diversas teorías antropológicas y sociológicas para ofrecer una definición “primordialista” del modernismo, a partir de la exploración de los fenómenos psicoculturales que, en su opinión, explicarían sus orígenes. Retomando a Peter Berger, Griffin afirma que todos los seres humanos experimentan una profunda sensación de angustia cuando, a través de la reflexión, llegan a la desesperante conclusión de que estamos condenados a morir. Para enfrentar el miedo a que nuestra vida carezca de sentido y para superar (aunque sea simbólicamente) la muerte individual, todas las sociedades humanas edifican un *nomos*, una intrincada construcción cultural integrada por valores, costumbres e imágenes del mundo social y cósmico que sustentan a la sociedad y a sus integrantes. Una parte fundamental de este *nomos* es el “dosel sagrado”, un acervo de mitos, ritos y símbolos capaces de ofrecer un sentido de trascendencia (social o cósmica) a la experiencia humana.

En opinión de Griffin, las fuerzas transformadoras de la modernidad habrían erosionado el “dosel sagrado” que ofrecía la tradición cristiana. Sin embargo, el dosel trizado no fue reemplaza-

do con eficacia por ninguno de los mitos de la modernidad, lo que acentuó la percepción de este período como una era de “condiciones liminoides prolongadas” (categoría tomada del antropólogo Victor Turner), un período de perpetua transición en la que un orden que desaparece no logra ser substituido por ningún otro. Esta experiencia liminoide devino en una situación de “crisis nómica” que los observadores modernistas describieron en términos de “decadencia” y “anarquía”. Muchos artistas, intelectuales, dirigentes sociales y políticos modernistas, impulsados por el miedo “primordial” a la ausencia de sentido, elaboraron múltiples esfuerzos con el objetivo de crear un nuevo “nomos” que fuera capaz de otorgar una expectativa de trascendencia a la vida individual.

En los capítulos V (“El modernismo social en la guerra y en la paz, 1880-1918”) y VI (“La aparición del modernismo político, 1848-1945”), Griffin analiza el surgimiento de diversas formas de “modernismos programáticos” que buscaban una regeneración social no sólo a través de creaciones culturales que ofrecieran nuevas fuentes de espiritualidad para paliar la “sequía nómica”, sino sobre todo a través de acciones humanas concretas basadas en formas de organización colectiva. En el caso de los modernismos políticos, estas acciones estaban orientadas a la toma del poder político para iniciar una profunda reestructuración de la sociedad.

Griffin compara a estos movimientos políticos modernistas con los “movimientos revitalizadores” premodernos estudiados por el antropólogo Anthony Wallace. En ambos casos, el movimiento se formaría alrededor de un “profeta”, un “líder carismático” al que se le habrían revelado las “nuevas verdades” que permitirían superar la decadencia y concluir la transición hacia el “nuevo orden”. Otra característica de los “modernismos” como movimientos revitalizadores sería su poderosa capacidad para utilizar fuentes ideológicas, políticas y culturales muy heterogéneas y “recombinarlas lúdicamente” en una cosmovisión o “mapa cognitivo” original, que sería el fundamento nómico de la nueva sociedad. Por otro lado, los movimientos modernistas explicitan la preeminencia de una comunidad humana mitificada que tendría en sus manos la tarea de superar la crisis y regenerar una sociedad “purificada” de los componentes (institucionales o humanos) causantes de la decadencia.

Dentro de estos movimientos políticos se encontraría, para Griffin, el fascismo. Éste, en tér-

mino genéricos, es definido como un movimiento modernista programático que aspira a controlar el Estado para regenerar la Nación (lo que él llama el “nacionalismo palingenésico”) a través de la purificación de la comunidad nacional a la que la Modernidad habría pervertido y enfermado.

Luego de formular estos elaborados tipos ideales de “modernismo” y de “fascismo”, y presentar la tesis de que el “fascismo” es una forma de modernismo político, Griffin se dedica en la segunda parte del libro a estudiar las características “modernistas” de los dos únicos movimientos fascistas que (según su criterio), en el período de entreguerras, pudieron tomar el poder y convertirse en regímenes estatales: el fascismo italiano y el nazismo alemán.

En los capítulos VII y VIII, Griffin se concentra en las características del fascismo italiano. En el capítulo VII (“El nacimiento del fascismo a partir del modernismo”), Griffin intenta mostrar cómo el fascismo surgió en una Italia de entreguerras en la cual las “condiciones liminoides” de la modernidad se encontraban particularmente acentuadas por su compleja historia sociopolítica reciente. En la coyuntura crítica posterior a la Primera Guerra Mundial, el fascismo surgió como un “movimiento revitalizador” capaz de sintetizar y asimilar un grupo de corrientes modernistas contradictorias alrededor de una figura profética (Benito Mussolini) y un mito unificador: el mito palingenésico de “la creación inminente de una Italia ‘nueva’ y ‘grande’” (pp. 301 y 302). En el capítulo VIII (“El régimen fascista como Estado modernista”), Griffin muestra cómo, una vez convertido en régimen político, el fascismo intentó hacer realidad la utopía temporalizada de la “nueva Italia”. Con el objetivo de crear “nuevos italianos”, el fascismo se convirtió en una verdadera “religión política” (otra idea que retoma de Emilio Gentile). Los símbolos, los mitos, los ritos y los espacios sagrados de esta religión fascista se nutrieron de elementos muy diversos. Algunos provenían de pasados mitificados (como la Roma Imperial o el Renacimiento), pero otros eran aportes de intelectuales, artistas y arquitectos plenamente modernistas. El Estado modernista fascista se habría comportado, en ese sentido, como una “ameba voraz”, capaz de incluir por igual a un movimiento estéticamente conservador como el *strapaese* y a los artistas de la vanguardia futurista.

Otra característica fundamental que Griffin destaca del régimen fascista es el de haber instaurado lo que Zygmunt Bauman ha denominado como “Estados Jardineros”. El objetivo ideológico de “crear al nuevo italiano” implicaba la necesidad de “podar” la sociedad, es decir, de ejecutar

una serie de políticas públicas con el objetivo de depurar y erradicar aquellos componentes que el fascismo suponía como causantes de la degeneración moral y cultural. De esta manera, el régimen de Mussolini creó un inmenso aparato tecnocrático que llevó adelante un vasto programa de planificación social, que iba desde las campañas de urbanización y de desarrollo agrícola hasta la aplicación de políticas eugenésicas y de leyes anti-semitas.

En los capítulos IX, X y XI, Griffin se dedica a pensar el nazismo alemán, entendiéndolo como un caso concreto de su tipo ideal de fascismo como modernismo político. En el capítulo IX (“El nazismo como movimiento revitalizador”), Griffin esboza una arqueología de la polifónica ideología nazi para tratar de defender su tesis de que el nazismo no es un movimiento anti-moderno, sino por el contrario uno de claro corte modernista. Para ello analiza distintos aspectos de este fenómeno que le permiten afirmar que se trató de un “movimiento revitalizador” con un objetivo palingenésico motivado por un núcleo mítico fundamental: lograr la regeneración del “cuerpo étnico” de la Nación alemana, a través de un proceso de consagración de la “nueva comunidad del pueblo” que sería “purificada” de sus componentes disgénicos y corrompidos (principalmente, el pueblo judío). Como en el caso del fascismo italiano, el nazismo edificó una compleja “religión política” con su propio profeta, Adolf Hitler.

En el capítulo X (“El modernismo de la cultura nazi”) Griffin examina las características de la producción artística y de la política cultural bajo el régimen del Tercer Reich. El autor intenta demostrar que, más allá del rechazo oficial a muchas escuelas estéticas modernistas (algo que se ha señalado frecuentemente en relación al expresionismo, movimiento que fue incluido en la lista nazi del “arte degenerado”), la cultura nazi era modernista en esencia. Esto sería así porque los productos culturales del nazismo no habrían contribuido a una “huida de la modernidad” sino a la elaboración de una “nueva religión política” cuyo fin sería la creación de una “nueva sociedad” y un “nuevo orden”. Griffin señala incluso que, “contrariamente a lo que se cree, la estética modernista no desapareció por completo de la esfera pública, sólo lo hicieron las obras de arte que abordaban una temática decadente o excesivamente distorsionada” (p. 404).

En el capítulo XI (“El modernismo biopolítico del Tercer Reich”), Griffin recurre nuevamente a la metáfora del “Estado Jardiner totalitario” para analizar cómo, a través de un extensa pla-

nificación social y demográfica, el régimen nazi intentó llevar a la práctica el mito de la “nueva comunidad alemana”. Como en el caso italiano, una enorme tecnocracia estatal puso en marcha diversas políticas para “curar” al *Volk* y liberarlo de los “parásitos” que lo habían sumido en la decadencia. Según esta interpretación, los planes de modernización urbana y de desarrollo de autopistas serían parte de la misma lógica modernista que las políticas eugenésicas, la higiene racial y las leyes antisemitas. Griffin concluye que es esta lógica modernista de “renovación nacional” a través de la “purificación” y la “arianización” la que impulsó al régimen nazi inevitablemente hacia el genocidio: “Auschwitz, ‘en última instancia’ (...) fue el producto de una serie de proyectos *modernistas* cuyo fin era conseguir un mundo nuevo, mejor y más limpio.” (p. 465).

Después de sendos estudios sobre el fascismo italiano y el nazismo alemán, Griffin presenta un balance general de su libro en el capítulo XII (“Casting off”). Allí sintetiza las conclusiones a las que arribó en los capítulos previos, a la vez que proyecta líneas de investigación que podrían derivarse de sus conceptualizaciones de “modernismo” y de “fascismo”. Por último, el epílogo (titulado “¿Un comienzo diferente?”), es un breve *excursus* en el que el autor ofrece su opinión acerca de los problemas que atravesaría la modernidad globalizada del siglo XXI.

Desde el punto de vista epistemológico, al intentar construir una “interpretación sinóptica histórica de la relación entre modernismo y fascismo” (p. 55), Griffin se posiciona explícitamente en contra del relativismo y el particularismo imperante en cierta historiografía contemporánea “posmoderna”. Sin embargo, el autor se muestra prudente acerca del alcance de su teoría general. Influida por el escepticismo no-relativista de Karl Popper, Griffin señala reiteradas veces que su “interpretación global” no plantea relaciones de causalidad mecánicas y que no debería leerse como una “gran relato” con pretensiones globalizadoras, sino como una “metanarración reflexiva” que debe ponerse a prueba con los casos empíricos concretos (véase pp. 60 y 516).

Como ya hemos mencionado, Griffin basa esta compleja “interpretación sinóptica” en la construcción de esas “abstracciones idealizadoras” que Max Weber llamó “tipos ideales”. Para desarrollar los tipos ideales que presenta en el texto Griffin utiliza, sobre todo, una ingente cantidad de bibliografía secundaria. Este corpus bibliográfico extenso señala la vocación interdisciplinaria del autor. Griffin emplea historias generales y obras teóricas sobre el fascismo; trabajos monográ-

ficos sobre todas las esferas imaginables del “modernismo” europeo y sobre los movimientos y regímenes fascista y nazi; y, como si fuera poco, también recurre a obras teóricas de campos muy variados, tales como la historia de las ideas, la sociología, la antropología, la psicología, la filosofía, los estudios culturales y la teoría literaria. Además de bibliografía secundaria, el autor utiliza para su análisis distintas fuentes primarias, principalmente obras literarias y filosóficas de autores modernistas, pero también obras de artes plásticas y proyecciones o realizaciones arquitectónicas. De todos modos, es importante destacar que las fuentes primarias tienen un carácter ejemplar o ilustrativo: no forman la base sobre la que se construyen los tipos ideales, sino más bien la “constatación empírica” de su idoneidad.

Otro aspecto de la obra de Griffin, además de su matriz metodológica weberiana, es su perspectiva teórica relativamente crítica del marxismo. Es cierto que él retoma los puntos de vista de algunos historiadores y teóricos marxistas (como, por ejemplo, el filósofo inglés Peter Osborne). En líneas generales, sin embargo, su análisis de la génesis y de la dinámica del modernismo y del fascismo no se centra en la búsqueda de causas socioeconómicas que sean “determinantes” de la naturaleza de dichos fenómenos. Por ejemplo, se abstiene de establecer cualquier tipo de jerarquía entre los procesos modernizadores que habrían contribuido a minar el “dosel sagrado” tradicional y ubica al mismo nivel el desarrollo del capitalismo y la difusión del racionalismo (pp. 72 y 73). Por otro lado, como hemos visto, su intento de explicar al fascismo no como una mera “dictadura del capital” sino como un complejo movimiento “revitalizador” modernista lo aleja de las lecturas marxistas clásicas y lo acerca más bien a perspectivas como las de las de George Mosse y Emilio Gentile, vinculadas con la antropología simbólica y la sociología weberiana de las religiones.⁴

¿Cuál es, entonces, la capacidad explicativa de los “tipos ideales” elaborados por Griffin? Eso sólo podrán responderlo las investigaciones históricas concretas. A través de la contrastación empírica sistemática podrá determinarse con más precisión el alcance de estos conceptos, que de

4 La crítica de Griffin al marxismo va más allá de su distanciamiento teórico. Al analizar la Unión Soviética, Griffin utiliza las mismas nociones de “Estado modernista” y “Estado jardinero” que aplica al fascismo italiano y al nazismo alemán. Estos planteos guardan muchas similitudes con las controvertidas teorías del totalitarismo. Además, en varios pasajes el autor establece una poderosa (y cuestionable) línea de continuidad entre la primera década del Estado revolucionario y el régimen de Stalin.

otro modo no pasarían de ser sutiles abstracciones. En especial, la definición “primordialista” del modernismo (que tiene un fuerte componente especulativo) debería ser evaluada y reconsiderada a partir de nuevos trabajos sobre movimientos artísticos, sociales y políticos (no sólo europeos). También en relación a este “tipo ideal”, sería interesante pensar los criterios diagnósticos que, en un caso concreto, podrían permitirle al investigador o a la investigadora afirmar que se encuentra (o no) frente a un autor o un movimiento “modernista”. De lo contrario, la categoría corre el riesgo de ser demasiado abarcadora, lo que le haría perder especificidad y, por ende, también utilidad.

Ubicada en el cruce de los campos académicos de la historia cultural y la sociología histórica, *Modernismo y fascismo* ofrece una elaborada e interesante revisión teórica del vínculo entre el modernismo y el fascismo. Sus planteos probablemente encontrarán las críticas de aquellos historiadores demasiado recelosos de las proposiciones generalizantes o de aquellos otros más cercanos a perspectivas teóricas dentro de la tradición marxista. En cualquier caso, su lectura no deja de ser muy valiosa. En primer lugar, porque se trata de una obra representativa del estado actual de la historiografía anglosajona sobre el fascismo que todo especialista en el tema debería conocer. Pero, sobre todo, vale la pena leer *Modernismo y fascismo* porque, más allá de las críticas que puedan hacersele, presenta un conjunto de hipótesis sugerentes que pueden abrir el camino para nuevas preguntas y nuevas líneas de investigación.